

PANORAMA ESTRATÉGICO MUNDIAL 2001/2002

Por RAMÓN ARMENGOD LÓPEZ

El año 2001 no pasará desapercibido en los manuales de historia. No ha sido otro año puente como el 2000, por el que transcurrieron los flujos planetarios con sobresaltos, pero sin dar señales de futuro. Este año, por el contrario, ha sido uno de esos momentos en que el río de la historia, que se encuentra en unos rápidos, desemboca en cascada a otro nivel, zarandeando y desconcertando a la barca de la humanidad.

Para tratar de entender lo que ha pasado el 11 de septiembre, por lo corto de nuestra perspectiva, hay que repasar con cuidado los meses anteriores a ese primer gran acto violento, con comunicación en tiempo real y difusión global, donde lo real se transformaba en signo claro y aterrador de un mensaje bien calculado: los riesgos propios del mundo globalizado llegaban al corazón de la democracia imperial hiriéndolo públicamente: el César de este mundo quedaba desnudo, sin protección, blanco de sus enemigos. Se cerraba así lo que los americanos han llamado la “edad de la inocencia”, en la que gracias a la democracia, al liberalismo económico, al mercado mundial, al desarrollo tecnológico, a la revolución en la comunicación y en los transportes, el pueblo americano creía que había llegado al fin de la historia.

Pero también ha sido para los líderes de la sociedad occidental la “década de la inconsciencia”, del egoísmo brillante y consumista, del desarrollo destructor de la ecología, del avance científico que no tiene en cuenta los fundamentos de su punto de partida, la naturaleza humana de siempre y olvida al resto de la humanidad.

Ataque contra el centro de ese nuevo mundo emergente, en medio del desorden planetario, que es Estados Unidos, centro de la superioridad militar, del mercado global, del desarrollo tecnológico y garante intermitente de la legalidad internacional. Cuando Estados Unidos elige a su presidente da al mismo tiempo líder al mundo como ha ocurrido tras el complicado proceso electoral que a fines del año 2000 llevó a la presidencia mundial a G. Bush, un político sin experiencia internacional, pero con un equipo heredado de su padre el primer presidente Bush, compuesto por grandes conocedores de la guerra fría y algunos de ellos de cuestiones energéticas (el Vicepresidente Cheney, Colin Powell, Condoleeza Rice Directora del Consejo General de Seguridad, Donald Evans secretario de Comercio, Spencer Abraham secretario de energía). Dick Cheney ha creado, a poco de hacerse cargo de la vicepresidencia, la “Energy Policy Task Force” presentando el 16 de mayo una lista de objetivos energéticos, al cuál seguiría un programa mundial sobre la energía.

Tras los ocho años de una Administración Demócrata, Estados Unidos no había conseguido establecer el “nuevo orden internacional” prometido por el presidente Bush padre a pesar de tener a su disposición las ventajas señaladas como centro del mundo y no tener rival a nivel de superpotencias, pues Rusia ha atravesado y atraviesa una crisis de identidad, la implosión del imperio soviético y el recorte del antiguo imperio zarista y China necesitaba y necesita un desarrollo social y económico aún no alcanzable por ella, hasta ser capaz de ejercer sus derechos de superpotencia, aunque por su masa siempre sea una gran potencia regional.

Además, Estados Unidos en la década de los 90 se ha sentido limitado y rodeado por un entramado de realidades, heredadas de los conflictos propios y ajenos, en un mundo inestable e impredecible sintiéndose al mismo tiempo con empuje para alumbrar un mundo nuevo. La Administración Clinton, con todos sus errores y contradicciones, ha utilizado esas fuerzas en presencia para que hiciesen emerger el mundo nuevo y global, en beneficio propio, sin duda, pero también de todos aquéllos capaces de aprovechar las nuevas oportunidades. Ha tratado, asimismo, cuando el esfuerzo no era excesivo o cuando la situación se escapaba del control de terceros directamente implicados, de encarrilar los conflictos regionales y de evitar los peores efectos económicos y sociales de la globalización, realizando todo esto a través de un multilateralismo imperfecto que utilizaba el entramado existente, mientras no ahogase la emergencia de ese mundo nuevo, basado en el liberalismo económico con su desregulación progresiva en todos los ámbitos.

Las secuelas de la desaparición del imperio soviético, la conflictividad en el Próximo Oriente, las guerras étnicas y económicas africanas, la disgregación de ciertos Estados nacidos del colonialismo europeo o del expansionismo marxista, y los intentos de revolución islámica, han sido otros tantos motivos de intervención y preocupación de Estados Unidos. La persistencia de los “Estados Delincuentes”, y el incremento e internalización de las redes de delincuencia organizada se han ido convirtiendo en amenazas crecientes para la seguridad mundial. Junto con el desequilibrio ecológico ha dificultado ese orden nuevo y complicado la tarea de la administración demócrata norteamericana, más aún cuando los efectos indeseables de la globalización aparecían como consecuencia de los intereses de las grandes empresas multinacionales, de la mala gestión de estados aliados o de las luchas político-económicas que utilizan los conflictos étnicos existentes para reforzar su cuota en el nuevo mercado mundial desregulado.

Por ello se ha dicho de la Administración Clinton que era más capaz de intervenir en los conflictos que de preverlos; al final de su término la sociedad internacional estaba más americanizada y a la vez era más antiamericana.

La Administración Republicana del segundo Bush ha significado un cambio de estilo y, en algunos puntos, de objetivos. De acuerdo con las posiciones tomadas durante la campaña electoral por el presidente Bush, con los intereses que financiaron su campaña electoral, con la ideología de los grupos que le apoyan dentro del partido republicano y en la sociedad norteamericana, con la experiencia previa y capacidades de su equipo, los observadores europeos temían encontrarse con un liderazgo americano no aislacionista, su calidad de superpotencia no se lo permite, pero sí tomando distancias de aquellos problemas y situaciones en los que las posiciones norteamericanas no estuvieran directamente implicados, huyendo de los fracasos de la Administración Clinton y concentrando, en cambio, su esfuerzo en la protección y aumento de los intereses norteamericanos, de forma unilateral si era preciso. Asegurando la seguridad y prosperidad norteamericanas por todos los medios (desde la defensa de valores tradicionales a la práctica del liberalismo económico mundial) está decidida a ejercer la “superioridad de la civilización norteamericana”, ofreciendo como remedio a las descompensaciones que crea un “conservadurismo compasivo”.

En el momento en el que la Administración Bush se hacía cargo del poder mundial, Europa seguía con sus problemas de integración y sus pre-

ocupaciones alimentarias; Rusia no conseguía aplastar la revuelta Chechena ni encauzar su crisis socioeconómica, los talibanes desafiaban al mundo con el apoyo de Pakistán y Arabia Saudí, y Ariel Sharon era elegido primer ministro de Israel como consecuencia de la segunda Intifada y el fracaso de Barak y Arafat para cerrar el proceso de paz en Oriente Medio.

El terrorismo era ya una presencia amenazadora, y Osama Ben Laden un enemigo público de Estados Unidos: durante la celebración en Nueva York del paso al nuevo milenio se había temido un atentado que al final no se produjo; pero para la conciencia norteamericana las guerras civiles y étnicas en algunos lugares, y las crisis económicas de Argentina y Japón, eran la excepción en su optimismo sobre el estado del mundo.

Ahora bien, algo había de peligroso en ese mundo que obligaba a adoptar al nuevo Presidente lo que el presidente Clinton no había querido decidir: la opción por el desarrollo del Escudo Antimisiles. Asunto que ha sido preferente desde el primer momento para la actual Administración norteamericana, a pesar de los temores y reticencias de aliados y rivales por lo que significa de cambio de las reglas del juego en el equilibrio estratégico. Era patente que la Administración Bush estaba más cerca del grupo de presión militar e industrial, que siempre ha defendido esta protección nueva ante los peligros exteriores a la democracia imperial.

Pero hasta el primero de mayo, y coincidiendo con la alerta sobre la desaceleración de la economía norteamericana, el presidente Bush no declaró oficialmente caduca la doctrina de la disuasión nuclear, con su consecuencia de tener que denunciar el tratado de reducción de proyectiles ABM, firmado con la Unión Soviética, ofreciendo al mismo tiempo a Rusia una reducción pactada de las fuerzas nucleares.

La reacción de Moscú fue de baja intensidad, pues desde marzo el gobierno ruso había intentado la aproximación a Washington para conseguir manos libres en su lucha en Chechenia a cambio de ayudar en contra del Afganistán de los talibanes (que por entonces desafiaba al mundo, destrozando las gigantescas estatuas de Buda, por la influencia de los extremistas arabo-islámicos, es decir, Al-Quadia y Ben Laden). En cambio, en abril Washington había tenido un serio incidente con China, al apresar ésta un avión espía; ambas partes terminarían con el incidente mostrando su decisión de no entrar en conflicto.

Las tensiones con sus aliados y el resto del mundo occidental crecían a medida que Washington actuaba de acuerdo con su línea política interna-

cional “del nuevo realismo”, anclada no en el aislacionismo sino en la acción unilateral, es decir, manteniendo a los intereses norteamericanos por encima de los consensos internacionales: oposición al protocolo de Kioto sobre contaminación, por haber adoptado una estrategia de la energía que evitase la recesión económica en Estados Unidos y que complaciese a los grupos de presión productores de petróleo, que desean extender las áreas de explotación del mismo y han introducido “la seguridad energética” como prioridad en la política exterior, lo que implica la vigilancia y control norteamericano sobre los países productores de energía en torno al Golfo Pérsico y también en el área del mar Caspio y zonas adyacentes del Asia Central ex-soviética, con la peligrosa vecindad de Afganistán.

Otras decisiones en la misma línea han sido la no ratificación del convenio sobre minas contra personal, sobre otros tipos de armas, sobre el Tribunal Penal Internacional, así como su escaso interés por ayudar a través del Fondo Monetario y del Banco Internacional a salir a Rusia y Argentina de sus atascos económicos, su negativa a apoyar los esfuerzos de la OCDE para limitar la evasión fiscal y el blanqueo de dinero; finalmente no tomar en cuenta las consecuencias que sobre la proliferación nuclear iba a tener su denuncia del tratado ABM.

También cosechó fracasos: el de la Reunión de Quebec para negociar una zona libre de comercio en todo el continente americano y en los contactos secretos con los talibanes para que aceptasen formar parte de un Asia Central reordenada, en la que Afganistán podría salir de su subdesarrollo y violencia.

En cambio el viaje del presidente Bush a Europa en junio coincidiendo con la reunión del G-8 en Génova, con la victoria electoral de Tony Blair en Gran Bretaña y su entrevista en Eslovenia con Putin, fueron un buen intento para hacer comprender y aceptar a los aliados y a los antiguos enemigos la nueva acción internacional norteamericana; pero la firma poco después de un acuerdo sobre el protocolo de Kioto por todos ellos dejó a Washington aislado.

Entre tanto, la situación en Oriente Próximo seguía empeorando: la segunda Intifada había degenerado en guerra no declarada entre los morteros y hombres-bomba palestinos y los israelíes que habían pasado del fusil de asalto M-16 al cazabombardero F-16. Con cierta lógica, el presidente Bush no quería intervenir en un conflicto cuyo desarrollo había supuesto un fracaso para su predecesor Clinton, pero tras la toma de posesión del gobierno Sharon en Israel el conflicto había entrado en un

círculo de violencia con acusaciones mutuas de terrorismo de estado o de organizaciones.

Esta situación enturbiaba la relación de Washington con los países árabes y le obligaba a dar nuevas muestras de parcialidad a favor de Israel (veto a la interposición de fuerzas internacionales para proteger al pueblo palestino, retirada de la Conferencia de Durban contra el Racismo juntamente con Israel).

Entre tanto, las negociaciones indirectas entre Washington y los talibanes a través de Naciones Unidas para obtener la entrega de Ben Laden, acusado de dirigir la red terrorista que atacó las torres gemelas en 1993, las embajadas norteamericanas en Kenia y Tanzania (agosto del 98) y el navío “USS-Cole” en aguas de Yemen, habían acabado en nada, a pesar de que Estados Unidos había contado con Pakistán, protector principal de los talibanes. Al mismo tiempo había emprendido un política de acercamiento a los países centroasiáticos de cultura islámica, y alguno de ellos con gran riqueza energética, sin que Rusia se opusiera, ni tampoco Irán, que no sentía simpatía alguna por el sunismo agresivo de los árabes hospedados por los talibanes.

El fracaso de estas negociaciones reservadas supuso el abandono temporal de los esfuerzos norteamericanos para convencer a Afganistán de que participase, como vía de salida hacia el Océano Índico en la explotación del petróleo de Asia Central: pero Norteamérica no podía quedar impasible ante esta situación.

LA OFENSIVA TERRORISTA

En tales circunstancias se produce el ataque del 11 de septiembre con el que Al-Qaida demuestra al mundo haber alcanzado, a su modo, un nivel de actividad y capacidad tecnológica global. La siniestra pericia de los pilotos suicidas al chocar con su blanco, el meticuloso estudio de las flaquezas del sistema de seguridad norteamericano, la búsqueda del efecto mediático al elegir como blanco los símbolos del poder financiero y militar, el odio y el valor perverso que han alentado al terrorismo radical islámico, su conocimiento del mundo enemigo, de sus sueños y pesadillas, han sobrecogido a la opinión pública por su mezcla de información y tecnología occidentales con un fanatismo y secretismo orientales. Estos rasgos forman parte de la biografía de Osama Ben Laden, un fruto de la Alianza entre el sector tradicionalista del mundo árabe y Estados Unidos frente a la amenaza de la Unión Soviética.

La reacción norteamericana fue la lógica de un gran pueblo herido y humillado. Acostumbrado a combatir lejos de casa, Estados Unidos sufre una conmoción con los ataques del 11 de septiembre, sólo comparable al experimentado ante la destrucción de la flota americana en Pearl-Harbour por los japoneses. La sensación de vulnerabilidad hace que el gobierno y el pueblo de Estados Unidos consideren esos atentados como un acto de guerra y emprendan a su vez la guerra contra el terrorismo, con todos sus riesgos. Su exigencia de represalia total contra el terrorismo corresponde, en parte, al malestar por la propia ineptitud ante un terrorismo con financiación y apoyo internacionales, con una fuerza que lleva a los terroristas al asesinato y a la autodestrucción: la del radicalismo ideológico, religioso o étnico de los marginados o de los desheredados por el orden global occidental.

El americano medio es optimista, religioso, desconocedor del mundo exterior, pero seguro de que su país es el más grande y poderoso, el más civilizado y justo, el más democrático. Se sorprende de que haya seres humanos que lo detesten, le llamen el “Gran Satán”; no tiene conciencia del daño que sus acciones han causado a otros pueblos y países.

El patriotismo norteamericano responderá espléndidamente a la convocatoria de su presidente George Bush, un americano medio, excepto en riquezas y poder, convertido en un presidente para la Historia, y a su desafío del terrorismo, aunque el temor a nuevos atentados por medios químicos o biológicos esté siempre presente, pues considera que la pérdida de su invulnerabilidad es el precio que hay que pagar por ser los norteamericanos los más grandes y mejores: ser odiados y sufrir por ello.

El presidente Bush agranda su figura en el funeral por las víctimas de los atentados en la catedral de Washington, y en su visita a los escombros de las torres gemelas en Nueva York. Proclama el estado de emergencia y ordena la captura de Ben Laden “vivo o muerto” según la tradición del oeste americano. Para Bush en esta guerra contra “enemigos invisibles” no cabe ser neutral: se está con Estados Unidos, o se está con “los que declaran la guerra a Estados Unidos” y que “han elegido su propia destrucción”, advertencia a los Estados que apoyen al terrorismo.

MEDIDAS NORTEAMERICANAS CONTRA EL TERRORISMO

La estrategia para ganar la guerra ha ido perfilándose a lo largo del último trimestre del año que ahora acaba, como consecuencia de la existen-

cia de dos corrientes en la Administración Republicana: los duros, el Vicepresidente Cheney, el Secretario de Defensa Rumsfeld, y Condoleezza Rice, y los “flexibles”, capitaneados por el Secretario de Estado, el General Colin Powell, ganador de la guerra del Golfo en 1991. El resultado final ha sido buscar y obtener un consenso con los otros estados y organismos internacionales para la lucha total contra el terrorismo, reservándose la dirección de la batalla, por ser la víctima directa de sus atentados; Washington no ha acudido a la OTAN, como organización, para implicarla en su acción en Afganistán, ni tampoco ha contado para ello con Naciones Unidas, salvo para contar con el “nihil obstat”. Este monopolio del derecho de legítima defensa, dada la extensión de la tela de araña del terrorismo, puede derivar hacia la intervención en ayuda de gobiernos amenazados o hacia la invasión y ocupación de territorios en Estados que den base y hospitalidad a los terroristas, algunos de los cuales están ya identificados como “estados delincuentes”.

Elementos de esa estrategia son:

1. Calificar de guerra su combate contra el terrorismo y revestirlo de un carácter mundial y total. Ello ha dado lugar a una discusión sobre los conflictos asimétricos y la propia definición y alcance de terrorismo, que han de cambiar conceptos y reglas internacionales. El 14 de septiembre, el Congreso da al Presidente Bush plenos poderes para la conducción de la guerra, con una financiación de 40.000 millones de dólares.
2. Individualizar al enemigo directo en Osama Ben Laden, en la organización Al-Qaida, rechazando la identificación del radicalismo islámico terrorista con el Islam y con los pueblos islámicos, árabes y otros.

Para ello el Presidente Bush visitó la mezquita de Washington, se desautorizaron los ataques a personas, propiedades e instituciones islámicas que sacudieron EE.UU. en los primeros días después de los atentados; se rechazó la justificación que Ben Laden hizo del ataque terrorista como parte de la guerra santa contra el judaísmo y el cristianismo (Israel y “las Cruzadas”) calificados de enemigos y causa de todos los males del Islam y de la nación árabe (cuestión Palestina, bloqueo a Iraq, profanación de la tierra sagrada de Arabia por la presencia de militares norteamericanos, etc.).

Al establecimiento de esta línea de pensamiento políticamente correcto han cooperado los medios y la opinión europeos y la acti-

tud de diálogo y paz entre las religiones que despliega el Papa Juan Pablo II.

3. La creación de una alianza general en la lucha contra el terrorismo, sus redes organizativas y financieras, sus apoyos institucionales, individuales o estatales, que según el Presidente Bush no admite neutralidades. Los países Europeos como aliados, Rusia por sus propios problemas en Chechenia y Asia Central, China por los suyos en las regiones islamizadas de su frontera occidental, Irán por combatir al radicalismo sunita, etc., han tenido una actitud positiva ante la acción norteamericana y le han prestado su apoyo en diferentes grados y según su posición y posibilidades.

El 12 de septiembre la OTAN acordó en Bruselas que los actos terroristas desde el exterior pueden enmarcarse en la obligación de defensa mutua del artículo 5 de su Tratado, y el 2 de octubre activa tal defensa mutua después de que Estados Unidos presentara las pruebas de la implicación de Ben Laden y Al Qaida. El 3 de octubre Estados Unidos entrega a la OTAN un listado de peticiones militares para la operación “Justicia infinita”, luego “Libertad duradera”, entre ellas el uso de bases, en los países miembros de la Alianza, caso de España.

El 13 de septiembre el Presidente Putin se compromete a colaborar con la OTAN y comienza la ofensiva diplomática norteamericana, desde el 17 de septiembre, para crear una gran coalición liderada por EEUU (frente a algunos Estados que preferirían que fuera la ONU quien la encabezase) que abarca no sólo a Rusia y a China, sino a países árabes y musulmanes como Indonesia.

El 28 de septiembre, el Consejo de Seguridad de NN.UU. adopta una resolución para congelar los activos financieros de sospechosos terroristas y el 30 de septiembre aprueba por unanimidad una Resolución sin precedentes que obliga a los 189 países miembros de la ONU a luchar contra el terrorismo, congelar sus medios de financiación, negarle cualquier tipo de apoyo político, diplomático pasivo o activo y a impedir que puedan buscar asilo o escondrijo tras sus fronteras.

4. Una política hacia el mundo árabe e islámico tendente a contrarrestar el eco que la figura y mensajes de Ben Laden encuentran en las masas árabes y a aislar al régimen taliban en Afganistán,

presionando a Pakistán, y haciendo que los Estados Árabes Unidos, y finalmente Arabia Saudí, rompan relaciones con dicho régimen.

Hay que señalar que a pesar de su estrecha alianza con EEUU, Arabia Saudí no ha permitido el uso de las instalaciones americanas.

Otros aspectos de esta política del Presidente Bush han sido el amenazar pero no hostilizar a Iraq y el intervenir en el envenenado conflicto palestino-israelí, imponiendo una tregua y llegando a declarar que Palestina sería un estado, lo que provocó una áspera réplica de Ariel Sharon que llegó a acusar a Bush de querer entregar Israel a lo árabes.

5. La adopción de estrictas medidas de seguridad en aeropuertos, aviones, instalaciones militares, etc.; y la aprobación de una legislación restrictiva de los derechos individuales por motivos de seguridad, con control de residentes de etnias de donde provienen mayoritariamente los terroristas y la creación de tribunales especiales militares, etc...

El pánico ante nuevos actos terroristas (amenazas químicas, biológicas y otras, la proliferación de casos de ántrax que afectaron al pueblo norteamericano, otros intentos de estrellar aviones y las supuestas explosiones en Toulouse) ha hecho que estos medios hayan sido acogidos favorablemente por las opiniones sajonas, al contrario que las de gran parte de las opiniones europeas, que han denunciado la disminución de libertades públicas y violación de derechos humanos.

6. La guerra en Afganistán está siendo llevada sobre el terreno, a través de las facciones tribales y con fuertes bombardeos aéreos norteamericanos, cuyos “efectos colaterales” son muy dolorosos para la población civil y las ya dañadas infraestructuras del país. Las bases de los talibanes y de Al-Qaida están siendo destruidas, pero sus jefes aún no han sido capturados.
7. La capacidad para movilizar el “patriotismo económico” del pueblo norteamericano ha evitado el pánico en la bolsa de Nueva York y, además, que la desaceleración de la economía norteamericana, real desde principios del año 2001, no se haya convertido en clara recesión. Las medidas de la Reserva Federal, bajando el tipo de

interés, más el crédito de 40.000 millones de dólares para la reconstrucción y mejora de la seguridad de Nueva York y Washington, el de 5.000 millones de dólares para las compañías aéreas, la disminución de 75.000 millones de dólares de ciertos impuestos, y sobre todo la expectativa de grandes gastos militares en 2002, han ayudado sin duda a este resultado positivo, aunque, a medio plazo, estos gastos consumirán los excedentes presupuestarios anunciados a principios de año.

Entre tanto, la recesión norteamericana afecta a las economías, especialmente en dificultades (Japón, Argentina), a los países pobres e incluso a la Unión Europea, cuyo impulso económico no es capaz de sustituir a la locomotora norteamericana.

La clave de la recuperación económica mundial es volver a encontrar la confianza, es decir, que la superioridad y esfuerzos norteamericanos, junto con la no repetición de actos terroristas, lleve a la economía internacional a recuperar el ritmo de la década final del siglo XX.

Por último, merece algunas líneas el impacto de este primer conflicto del siglo XXI en las difíciles relaciones entre el mundo árabe y Washington. La gran mayoría de sus gobiernos han condenado los atentados terroristas perpetrados por otros musulmanes; incluso el líder de la autonomía palestina se ha apresurado a ello. Pero un amplio sector del pueblo árabe, y no sólo los radicales palestinos, están abiertamente a favor, quizá no de sus métodos, pero sí de Ben Laden, de sus posiciones ideológicas y de la mayor parte de sus objetivos, lo que en las primeras semanas de la ofensiva norteamericana preocupó gravemente por temor a que se desencadenasen problemas de orden público, que sólo se han dado en Pakistán.

Esto no debe ocultar que el malestar y la animosidad contra Estados Unidos se ha incrementado, por el hecho mismo de esta crisis, en todo el mundo islámico, malestar que en los pueblos árabes se duplica por la espiral de la violencia entre Israel y los palestinos, en la que éstos se llevan la peor parte.

No obstante, el desgaste de los regímenes árabes aliados de Occidente se ve compensado, por el momento, por la percepción del apoyo general a Washington fuera del mundo islámico y por la superioridad militar de Norteamérica y sus aliados.

LA UNIÓN EUROPEA Y EL 11 DE SEPTIEMBRE

El año 2001 presenta dos aspectos para la Unión Europea: el primero muestra cierta atonía y desorientación en el proceso de la construcción de Europa, y el segundo un aumento de actividad inducida por los hechos del 11 de septiembre.

Durante el primer semestre, las diferencias franco-alemanas sobre la arquitectura política europea, los temores alemanes ante una posible emigración masiva hacia la Unión Europea de los ciudadanos de los países de Europa oriental cuando estos ingresasen, el deseo alemán de reformar el sistema de los fondos de cohesión, que tanto afecta a España, el desconcierto provocado por el rechazo por el electorado irlandés del Tratado de Niza, etc., hicieron que la presidencia sueca tuviese pocos frutos.

Más importancia tenían para la opinión pública europea las pestes alimentarias y las amenazas ecológicas; hasta el segundo semestre no hubo preocupación por la desaceleración económica mundial, ya que se confiaba en los futuros efectos estabilizadores de la unificación monetaria europea.

La presidencia belga tomó otro ritmo a partir del 11 de septiembre. La Unión Europea manifestó su adhesión a Estados Unidos y además señaló los rasgos que debía reunir la lucha contra el terrorismo: identificar objetivos claros, distinguir entre Islam y terrorismo y luchar conjuntamente contra éste.

Los Jefes de Gobierno de los Quince se comprometieron a crear un “verdadero espacio judicial común”, sobre la base de las decisiones del Consejo Europeo de Tampere, además de adoptar la orden europea de búsqueda y captura y el reconocimiento mutuo de las decisiones judiciales, superando las “dificultades constitucionales” y otras puestas hasta ese momento. Además, se ha creado la “fiscalía europea para los grandes delitos” que facilitará el intercambio de información y coordinación judicial rápida; se ha perfeccionado la lucha antiterrorista en el ámbito policial y se ha decidido cooperar en este campo y en el judicial, con Estados Unidos.

El Consejo extraordinario de Gante (19 y 20 de octubre) intensificó la lucha antiterrorista creando un “espacio común de libertad, justicia y seguridad” con medidas concretas para congelar los fondos de grupos terroristas, definir el delito de terrorismo y publicar una lista abierta de organizaciones terroristas que ha sido aprobada ahora, en la Cumbre comunitaria de diciembre.

En el campo económico, los efectos del 11 de septiembre han afectado también a Europa, convirtiendo la desaceleración económica en una recesión técnica cuyos efectos más preocupantes se producen en Alemania; el Banco Central Europeo bajó tardíamente los tipos de interés y no tanto como la Reserva Federal Norteamericana.

El año 2001 ha presenciado una disminución desigual del crecimiento económico esperado en Europa, pero con la esperanza de que la puesta en circulación del euro evite a la Unión Europea el caer en un ciclo depresivo.

El año acaba de terminar con la Cumbre de Laeken que, superando el fracaso de la Cumbre de Niza, ha revigorizado la voluntad de ampliación de la UE y ha encargado la preparación de un proyecto de convención europea a una comisión presidida por el ex presidente de Francia Giscard d'Estaing, junto con representantes de los ejecutivos europeos y de los parlamentos. Esta convención debe ser la base de la propuesta de una nueva arquitectura de las instituciones europeas.

La Cumbre de Laeken ha aprobado también el procedimiento de la "orden de detención" europea por delitos mayores, entre ellos el terrorismo, acabando con la lentitud y las injerencias políticas del habitual procedimiento de extradición.

RELACIONES ENTRE LA UNIÓN EUROPEA Y ESTADOS UNIDOS

De especial relevancia han sido las relaciones entre la Unión Europea y Estados Unidos en el año que termina. El nuevo estilo de la administración norteamericana y las primeras tomas de posición del presidente Bush despertaron recelo: con la imposición de la iniciativa de Defensa Antimisiles, los Estados Unidos marcaban su categoría como primera e incontestable potencia mundial y dejaban clara la pasividad europea ante sus decisiones unilaterales. El presidente Bush dulcificó esta percepción en su viaje a Europa, con su presencia en la Cumbre de la OTAN en Bruselas en junio, y sus promesas de que esta iniciativa sería tratada con los países aliados europeos y con Rusia, añadiendo la posibilidad de que la defensa antimisiles sirviera también de protección a los aliados.

Otros asuntos que han dificultado el acuerdo de la Unión Europea y Estados Unidos han sido el rechazo del protocolo de Kioto sobre medio ambiente, de la convención sobre el control de las armas biológicas, la no aceptación del Tribunal de Justicia Internacional, etc.

Sin embargo, los acontecimientos del 11 de septiembre han acercado las posiciones: “todos somos americanos”, ha sido la reacción europea ante el ataque terrorista canalizada a través de la OTAN, aunque la participación europea en la guerra de Afganistán haya sido simbólica y de acuerdo con los deseos norteamericanos.

Mayor participación en la guerra declarada al terrorismo global y a sus redes han sido las medidas antiterroristas arriba señaladas.

POLÍTICA EXTERIOR DE ESPAÑA EN 2001

Su formulación está incluida en el Panorama Estratégico 2000, y por ello se trata de ver su puesta en práctica en el año que ahora termina, así como de qué modo los acontecimientos del mismo han influido en la orientación y en la práctica de esa política.

La España democrática, una potencia media en lo internacional, tras veinticinco años de continuidad y consenso en su política exterior y modernización socioeconómica, está integrada plenamente en el sistema democrático occidental a través de la UE y la Alianza Atlántica, como un país tolerante y desarrollado, con una de las economías más abiertas al mundo; además es un país exportador de capitales que se sitúa entre los seis primeros países en inversión exterior.

Actúa en una nueva situación internacional con una pluralidad de actores, no todos fiables ni responsables, lo que obliga a una acción conjunta para mantener la paz y prevenir conflictos, cuyas causas son pobreza, pugnas étnicas o religiosas, violaciones de derechos humanos o déficit democrático: consecuencia de ello son el terrorismo, el crimen organizado, tráfico de drogas, que originan deterioro del medio ambiente, emigraciones, flujos de dinero negro, etc.; frente a estos riesgos y amenazas se impone el reforzamiento de las estructuras internacionales de seguridad y cooperación y el crecimiento del multilateralismo.

España tiene voluntad y recursos suficientes para una actuación más extendida y global a favor de la paz y de la seguridad internacionales y en la consecución de su propia seguridad e intereses: para ello se ha creado el Consejo de Política Exterior presidido por el presidente del Gobierno, que ha aprobado el Plan Estratégico de Acción Exterior, y el Plan para Asia y Pacífico, y ha examinado el Plan de Acción para África Subsahariana y el Plan Marco para los países candidatos a la ampliación de la UE; todo

ello supone la base del inicio de una proyección exterior amplia, que se revisa a continuación:

- Este año se ha seguido luchando porque el Mediterráneo recobre su valor histórico y se configure como espacio de paz y cooperación. El Proceso de Barcelona es el medio principal, aunque su balance es de luces y sombras, afectado por el deterioro gravísimo del Proceso de Paz de Oriente Próximo. Tampoco han mejorado las diferencias económicas ni culturales entre los países de ambas orillas de este espacio.
- Se ha continuado apoyando el fortalecimiento de las instituciones democráticas y la gobernabilidad en Iberoamérica; se ha intensificado la cooperación económica y la ayuda a los países hermanos para que la comunidad de intereses sea uno de los elementos de la Comunidad Iberoamericana.

Por todo lo anterior se favorecen los procesos de integración iberoamericana. El objetivo es contribuir a la creación de una Comunidad Iberoamericana democrática, moderna y desarrollada, capaz de actuar solidariamente y de modo positivo en nuestro mundo globalizado.

- Durante el año que ahora acaba, España ha participado activamente en los foros y acciones de la U.E., especialmente con vistas a la Presidencia española en el primer semestre de 2002.

Esta Presidencia es considerada como una importante responsabilidad y una gran oportunidad que se quiere aprovechar con eficacia. Tendrá un profundo carácter europeísta como lo tuvieron las anteriores Presidencias Españolas en el 89 y 95.

Su lema es “más Europa”, es decir, profundizar en la construcción de Europa, impulsar su ampliación, contribuir al éxito del euro, recuperar el espíritu de Lisboa que ayuda a consolidar la estabilidad macro-económica, y tomar todas las medidas necesarias para poner en vigor el Espacio Único Europeo de Justicia, de acuerdo con el compromiso de Tampere y los últimos acuerdos para luchar contra el terrorismo globalizado, el desarrollo de la Política Europea de Seguridad y Defensa, que refuerce la PESC, con un concepto de seguridad global basado en una estrecha cooperación con Estados Unidos a través de la OTAN y con unas relaciones positivas y estables con la Federación Rusa.

Además, la Presidencia española seguirá esforzándose por estrechar los vínculos de la UE con Iberoamérica y por que la presencia europea en el Mediterráneo se refuerce a favor de la paz, estabili-

dad y cooperación entre las otras orillas. Para ello hay que seguir apoyando cualquier medida a favor de la reanudación del Proceso de Paz de Oriente Medio.

Por último, merecen especial mención las relaciones hispano-norteamericanas en un momento internacional tan relevante como el actual. Desde el año anterior, ya con la Administración demócrata, el Gobierno español se ha esforzado por hacer la revisión del Convenio de Defensa de 1989, uniéndole a la institucionalización del diálogo político entre los dos países que favorezca la cooperación industrial y tecnológica y fortalezca los vínculos con la comunidad de origen hispánico en USA.

Por ello, España ha reaccionado a los ataques del 11 de septiembre con la solidaridad de todos los aliados de Estados Unidos y con una especial comprensión de los sentimientos norteamericanos, al conocer por experiencia propia la lacra del terrorismo, demostrando su voluntad de participar en la respuesta global y compleja al mismo. Como miembro de Naciones Unidas, apoyó el derecho de defensa de Estados Unidos y sus aliados, legitimando su derecho a una respuesta proporcionada y ajustada.

Ha impulsado la acción concertada a favor de Estados Unidos en el seno de la UE y de la OTAN, al amparo del artículo 5 de su Tratado y de la Declaración de Washington de 1999 sobre el terrorismo confiando a Estados Unidos el liderazgo de la defensa colectiva contra el terrorismo de Al-Qaida. Por ello, el Gobierno español ha ofrecido su cooperación a la operación en Afganistán para erradicar las bases terroristas y detener a sus líderes y aliados del Gobierno talibán, y ha puesto a disposición de Estados Unidos los instrumentos comunes de defensa.

El Gobierno español ha intercambiado información sobre el terrorismo, ha detenido a alguno de los cómplices y, lo que es más importante, está decidido a trabajar en las organizaciones a las que pertenece para que se modifiquen tanto el marco legal como los mecanismos adecuados para intensificar la lucha contra el terrorismo, lucha que por propia experiencia sabe que exige decisión, tenacidad y eficacia.